

## **Día de la memoria 2023**

### **Discurso de Denis Itxaso**

Egun On, buenos días a todas y todos. Alcaldesa, director del Memorial de víctimas del terrorismo, fiscal superior de justicia del País Vasco, asociaciones de víctimas, jefe superior de Policía, general de zona, delegado de Defensa subdelegados, autoridades...

El pasado cinco de octubre la placa conmemorativa sobre el monolito que recuerda a Fernando Buesa en el lugar en que fue abatido por los terroristas, en Los jardines de la libertad, aparecía garabateada con pintura negra. Con el mismo vano afán de quien quema libros confiando en poder exterminar una idea.

Paralelamente, en el cementerio donde reposan los restos de Fernando, alguien arrojaba heces sobre el panteón familiar, empeñado en subrayar su miserable huella ética e intelectual en forma de excrementos, profanando el mármol de un sepulcro.

Resulta sobrecogedor que los autores, con toda probabilidad jóvenes que no vivieron ETA, muestren tal grado de ensañamiento y putrefacción moral por causa de un odio no vivido, sino heredado. Por causa de un rencor sembrado en su interior que ha acabado germinando en acciones tan particularmente reprobables como esta.

Su objetivo, lo sabemos, no fue otro que la búsqueda de la revictimización, el intento de hurgar en las heridas, de evitar que estas sanen y sigan supurando odio. Este es el verdadero leit motiv que, como un cáncer, corroe tanto a sus autores como a sus mentores.

En cada ocasión en que algo así sucede, sentimos que no será sólo el tiempo el que sane las heridas de las víctimas del terrorismo y de la sociedad que las padeció; que harán falta enormes dosis de militancia cívica y el empeño de los demócratas para que la memoria acabe imponiéndose sobre el resentimiento y el rencor más abyectos, todavía presentes en algunos rincones de nuestra sociedad.

Pero del mismo modo que estas acciones nos golpean, tratando de agitar nuestros peores instintos, también nos reconcilia el hecho de que se alcen con nitidez otras voces sanadoras.

Y cito textualmente: - “Surgen grietas por las que se abre paso la luz y un rayo de esperanza en medio de la desazón”.

Así respondía Sara Buesa al mensaje de condena enviado por la hija de un preso etarra, mostrando su solidaridad ante el ataque al monolito y la profanación del panteón familiar: “Condeno estos actos totalmente sin sentido, decía el mensaje. Quiero mostrarte mi apoyo y mi cariño por algo que sólo ha traído dolor y que nunca debió ocurrir. Ningún trozo de tierra o ideología vale más que una vida”.

“Los gestos de la gente sencilla y de bien nos conectan con la humanidad”, le respondía Sara con una grandeza moral que nos reconcilia con los valores de civilización, de humanismo y de superioridad moral que enarbolan las víctimas frente a sus victimarios.

En verdad surgen grietas por las que se abre paso la luz, como decía Sara Buesa, pero a fuerza de golpear el muro con insistencia. Porque hace tiempo aprendimos que en la vida el bien no triunfa por generación espontánea. Nuestros jóvenes asisten a una realidad en la que los valores de la democracia, la paz o la libertad, se dan por descontados. Forman parte de su paisaje vital, del mismo modo que Instagram o Tik Tok. Como si todos estos valores, estos derechos, les hubieran sido otorgados como por ensalmo.

Del mismo modo, ETA, el fanatismo de extrema derecha o el GAL forman parte de un pasado del que muchos de nuestros jóvenes se sienten ajenos y totalmente desconectados. Son historias que les traen ecos remotos de una realidad pasada, ajena a su quehacer diario. Historias de abuelos.

Nuestros jóvenes no son del todo conscientes de que disfrutaban de una libertad que fue arrancada a un alto precio. Y de que la consistencia de esa fina capa que separa la civilización de la barbarie, depende también de su compromiso personal. Tampoco de que alguna vez se pretendió abonar la tesis del ojo por ojo, buscando atajos a los únicos procedimientos que el Estado de Derecho permite emplear para afrontar cualquier fenómeno criminal.

Quizás no hemos sido capaces de transmitirles la épica de aquella lucha por la libertad, repleta de intrahistorias y, por qué no decirlo, de profundas contradicciones morales de muchas gentes anónimas. De gente corriente no llamada a la heroicidad que fue capaz de desatar, en fin, una reacción social golpeando las conciencias de toda una sociedad, anestesiada por la rutina del dolor.

Por eso, tenemos la responsabilidad de transmitir a los más jóvenes aquel compromiso, aquella épica, como parte esencial de nuestro ADN como proyecto colectivo. Esa memoria debe impregnar el mundo de la educación, de la cultura, de la familia y del entorno social. Educar en el respeto y en el

compromiso para que ese caudal de bondad y de sacrificio no se volatilice, como lágrimas en la lluvia.

Tras la interminable noche de la dictadura, hemos tardado 40 años en trazar políticas serias de memoria en nuestro país. Cuatro décadas han sido necesarias para comenzar a descorder la cortina de silencio que se cernió sobre España tras la guerra civil.

Quiero trasladaros la determinación y la convicción de que no precisaremos de otros cuarenta años para forjar el relato de la victoria de los demócratas sobre el terrorismo. Una victoria legítima, justa y respetuosa con los estándares y límites que fija el Estado de Derecho. Sobre aquella fortaleza democrática edificamos el muro de contención contra quienes pretendieron erradicar la disidencia y el compromiso cívico de la faz del País Vasco.

Por eso, Maider, Florencio, Koldo, Endika, Ianire y todas y todos los que nos hemos dado cita hoy aquí en Vitoria-Gasteiz:

Os requiero para dar cuenta de nuestro compromiso por la defensa de la memoria frente a la amnesia del olvido.

Por la reivindicación del compromiso personal frente a la tibieza de la indiferencia.

Por la incorporación del relato en nuestro quehacer diario, en la labor institucional, sí, pero también en nuestra vida familiar y en nuestro entorno social, cultural y educativo.

No podemos permitirnos el lujo de que nuestros niños, nuestros jóvenes, vivan ajenos al dolor, que también, pero sobre todo ajenos a aquella rebeldía que permitió construir un país que pueda mirarse al espejo con orgullo.